

tardía. El general Díaz, conocedor de los científicos, aparentó serenidad y aceptó la manifestación ofrecida por el partido.

Bien cierto es que, en el momento de las elecciones, no habría quien vote en contra del actual Presidente, á pesar de las gestiones científicas. Porque la personalidad del general se ha impuesto en el ánimo popular, y México conoce y aprecia ya su labor administrativa. ¿Tendrían presente esta gran verdad á última hora? Puede ser, pero lo dudo. Lo más seguro es que los delegados de fuera, que traían la representación de algunos gobernadores agradecidos, hayan sido los opositores al candidato del Partido Científico. En medio de aquella reunión de *hábil* *personalidades científicas*, pudo más la voz de los pocos leales y verdaderos amigos del pueblo.

Eso sí, por más que las apariencias eran de una asamblea privada, los científicos se valieron de los elementos oficiales para llevarla á cabo, y todos los delegados fueron costeados por sus respectivos gobiernos. Comprueba esta afirmación el hecho de que, una vez hecha la manifestación general, cada delegación se presentó aislada al general Díaz para ponerse incondicionalmente á sus órdenes, y repetían «que hacían aquello en nombre de los Estados y gobiernos que los mandaban.»

De todos modos, las gestiones del Partido Científico fracasaron, porque su *leader* quedó derrotado en medio de la misma convención que él convocó y formó. El pueblo, desde luego, así como su candidato predilecto, que es el general Díaz, ya saben dónde está el enemigo. Por más que se diga, el ene-

migo del Caudillo de Tuxtepec es también enemigo del pueblo, porque la suerte del uno va vinculada á los destinos del otro, pues no ha habido ningún gobernante que haya sabido comprender al pueblo y hacerlo feliz, como el general Díaz; por lo mismo, los dos se aman y se estrechan, oprimiéndose contra el corazón. Quien se exhiba como enemigo de alguno de los dos, será señalado como adversario de ambos.

El Partido Científico, viviendo del poder y del pueblo, debería respetar los derechos del pueblo y estar agradecido á la mano que le brinda un pan franco y desinteresado; pero, desgraciadamente, no pasa así: hechos personas los científicos á la sombra del señor Presidente, parecen intrigar contra él, lastimando á todo el país, que lo venera y respeta.

III

Y no es esto lo más; algo más grave tiene el Partido Científico: es también enemigo del ejército. De manera que, para no estar con el pueblo, lleva dos títulos: trabajar contra el general Díaz y declararse en contra del ejército.

Estas verdades casi no necesitan pruebas, porque el Partido Científico lo declaró solemnemente en la asamblea magna de la Convención Nacional Liberal, y oyó toda la república aquellas declaraciones.

Se anunció que hablaría en nombre de la convención un orador científico, que, siempre que escala los peldaños de la tribuna, se presenta, como el dios Nep-

tuno, cargado de chubascos. El año de 1898, injurió á la república y á todo el pueblo mexicano, en pleno parlamento. Se atrevió entonces á aprobar, como representante del pueblo, el despojo de Texas por los Estados Unidos. Y casi á fines del mismo año, desde las columnas de un periódico científico, llamó salvaje al pueblo y acreedor á la completa sumisión.

Orador que va precedido de tales impulsos, no podía satisfacer á personas honradas y sinceras. Dicho y hecho. El discurso del convencionista fué una tempestad cargada de injurias encubiertas contra el ejército. Aparte de ser un proceso del actual Presidente de la república, la dió contra la milicia.

Pruebas al canto. El orador, después de varias frases de relumbrón, vino á sentar que: el gobierno personalista es odioso, porque es hijo del despotismo; que las tiranías proceden de un gobierno personal; que el militarismo no puede empuñar las riendas del gobierno, porque es el elemento más inculto del país; que los ejercicios del mando pertenecen á las personas civiles, quedando obligados los militares á servir á aquéllas en el sostenimiento del orden público.

Emplea en algunas partes figuras retóricas, capaces de electrizar á las personas poco avisadas, y los aplausos se prodigan á torrentes. Pero como no es la forma del discurso sola la que debe tener presente un auditorio sensato, resulta que los que aplaudieron al parlamentarista científico, no supieron ni lo que hicieron.

Al sentar el orador que el sistema de gobierno personalista produce el despotismo, pone en claro dos cosas: que los científicos no son adictos á la po-

lítica personal, y que todo gobernante personalista es un déspota. Luego los científicos no aceptan el actual orden de cosas en el país, porque tenemos veinte años de estar bajo un sistema de gobierno netamente personal. ¿Será despótico el gobierno actual? Al no aceptar la política personalista, se deduce que no deben admitir el gobierno del general Díaz, que es la representación genuina del sistema personal, y al rechazarlo, es porque lo encuentran despótico.

Extraña sobremanera, pues, que, no admitiendo los científicos los gobiernos personales, incurran en la contradicción de trabajar por la reelección del general Díaz; porque el argumento de «que á los ojos de la Constitución y de un pueblo democrático no es legal una sexta reelección, pero si se prueba que una sexta reelección es útil, es de aceptarse,» ni es una verdad concluyente, ni un silogismo el sentado. No es una verdad, porque no se deduce de que «no siendo legal democráticamente la reelección, pueda serlo una sexta reelección, si se prueba que es útil. Al prohibir la ley las reelecciones, no puso por condición LLÉVENSE Á CABO SI SON ÚTILES: prohibiendo una, dejó prohibidas todas las reelecciones. Con esto, el orador se propuso hablar sin saber lo que decía.

Tampoco es un silogismo, porque la conclusión no se desprende de las premisas, y hay más proposiciones que las que exige la esencia del silogismo. Además, la Constitución de 57 prohíbe, no sólo la sexta reelección, todas las reelecciones, hasta una escala infinitesimal, aunque nuestra ley fundamental haya sido hija de las circunstancias.

Vamos á otro punto. No es cierto que un gobierno personal sea despótico y produzca el absolutismo y la tiranía, pues el gobierno del general Díaz ha sido el mejor gobierno habido en México. Recorran los científicos nuestra historia, y verán confirmada esta verdad. Si los sistemas personales fuesen despóticos, todos los gobernantes del viejo mundo no tendrían razón de existir, hubieran perecido á manos de sus súbditos. Que haya gobiernos personales malos, esto no quiere decir que todos sean despóticos. Por consiguiente, también aquí se fué en falso el científico orador. ¿Creerá este señor que si en México reinara el despotismo, él se hubiera atrevido á presentarse ante los convencionistas á pronunciar discursos *tan lógicos*? Luego los hechos declaran que faltó á la verdad el leader positivista.

La administración, dadas las circunstancias, más benigna, ha sido la actual, porque ha podido limpiar al país de las turbulencias y cimentar la paz, dándole progreso á la república. Y esto, á pesar de ser un gobierno personal el del general Díaz, pues si él no dominara con su energía todos los poderes, no estaríamos á estas latitudes.

Por lo demás, que si á los científicos no les gusta un gobierno militar, están en su derecho, no para llamar ignorante al ejército, sino para dejar el puesto que tienen en la administración de un gobierno eminentemente militar. Por más que se diga, en México domina el militarismo; confesando que es el único elemento capaz de gobernar: en los pueblos como el nuestro, tiene que imperar el acero, porque el pueblo mexicano es pueblo militar, de carácter be-

licoso. Por esto ama al ejército; lo entusiasma oír los tambores batiendo marcha, ó ver el brillo de las espadas fuera de la vaina. Prueba lo dicho, el hecho de que los gobiernos civiles nada pudieron lograr en México; en cambio, la administración de hoy, netamente militar, ha colocado á la nación en alturas no imaginadas.

Quitad el elemento militar, y vuelve la anarquía. De modo que el Partido Científico ha injuriado al ejército y lastimado al señor Presidente, jefe supremo del ejército y general de los más aguerridos. Con lo cual demostraron no saber los científicos qué gobierno le conviene más al país, ni contener sus ímpetus agresivos, siquiera porque entre ellos había militares. Eso de decir que el militarismo es ignorante, es sencillamente no conocer á nuestro ejército, y cerrar los ojos á los beneficios prodigados por el militarismo á la nación. ¡Sin el ejército, estaríamos sujetos al poder de los extranjeros!

En cuanto á que el gobierno debe ser de los hombres civiles, esto es según y conforme: si los civiles tienen los tamaños suficientes y el pueblo los llama al poder, pueden ascender á él; pero si son tan débiles como los señores científicos, desde luego que un pueblo fuerte y belicoso no puede ser gobernado por mujeres, necesita el poder del acero, pese á quien le pesare.

Todos los ciudadanos de buena voluntad desearían un gobierno civil, pero, en vista de que esto no es posible aún, se adhieren al actual orden de cosas, á fin de seguir consolidando la paz, ante la cual deben inmolarsé todas las ambiciones de partido.

IV

Ahora, ¡que cualquiera me diga que las intenciones de los científicos eran la reelección del general Díaz! En el discurso oficial de la Convención Nacional Liberal, aprobado por todo el Partido Científico, claras se vieron las tendencias: odian los gobiernos personales del militarismo; quieren un gobierno civil: luego odian al general Díaz, porque su gobierno es personal y es militar, y desean que suba á la Presidencia el señor Limantour, jefe del Partido Científico y hombre civil. Allí iban todas sus gestiones, pero ¿cuántos no fracasan en este mundo? Los científicos tuvieron la desdicha de enseñar la oreja, porque con un orador tan brioso como indiscreto, hasta Santo Tomás se hunde con su talento teológico y todo: tal cosa les pasó á los convencionalistas científicos. Por más diplomacia que gastaron, al fin, se descubrieron sus maquiavélicos planes y aparecieron como pequeños en política é indiscretos y torpes en diplomacia.

¿No estaban en su derecho los científicos de trabajar por el candidato que les plazca? Sin duda que sí; mas no tenían derecho ninguno de engañar al pueblo, de insultar al ejército y condenar una política cuerda y acertada, como la del general Díaz. Por más que aseguran que una cosa es el militarismo y otra cosa es el ejército, á nadie han podido convencer de la diferencia. Militarismo es el término genérico; abraza á todos los militares: componiéndose

el ejército de individuos militares, no comprende cómo, repudiando el contenido general, se pueda hacer excepciones particulares. Pues el ejército está comprendido en la palabra militarismo. Siendo punible la acción del militarismo, tiene que serlo la del ejército, porque los militares constituyen los ejércitos, y todo término que afecte al todo, tiene que afectar á las partes.

Sucedió que los señores científicos, después de ahogado el niño, procuraron tapar el pozo.

Podían —y pueden— los que constituyen el Partido Científico, en uso de un derecho legítimo, favorecer con su voto al que juzguen capaz de llenar sus aspiraciones; mas, para insultar al ejército, es preciso que no pertenezcan á la actual administración, compuesta, en su mayor parte, de militares. Y si á un gobierno, cuyo jefe es militar y la mayoría de sus subalternos en los Estados son militares también, no se le puede llamar gobierno militar, ignoro entonces el significado de la palabra.

Mi sorpresa sube de punto, cuando considero que el discurso del flamante orador fué publicado profusamente y pronunciado delante de militares pudentos. Esos señores militares que no protestaron, ¿estaban conformes con los conceptos del discurso? ¿Eran verdaderamente científicos? ¿Olvidaron sus proezas de militares, para tener el gusto de oír el proceso de un gran militar y glorioso estadista? En fin, siendo la genuina aprobación del Partido Científico, ¿los expresados militares aceptaban realmente los conceptos del incendiario orador?

Tales han sido las preguntas que el público se ha

hecho, á raíz de la famosa Convención Nacional Liberal, porque aquella fué la tempestad política más grande que se ha desatado sobre la república.

Para contener manifestaciones de esa índole y cortar las alas á los políticos de ocasión, están los gobiernos personales y el militarismo: yo soy partidario del gobierno personal de México en las actuales circunstancias, y amante del ejército.

CAPITULO XV

LA CRISIS ECONÓMICA SE DEBE Á LOS CIENTÍFICOS.—
LAS GESTIONES FINANCIERAS DEL SEÑOR LIMANTOUR SON RUINOSAS.—GOBERNADORES CIENTÍFICOS.—ALGUNOS SATÉLITES DE POCA IMPORTANCIA.

I

QUEDAN retratados los científicos, y, á fe, el retrato resulta poco agradable. Quienes profesen ideas idénticas y se manejen lo mismo que ellos, tienen que ser antipáticos al pueblo.

El Partido Científico es la reencarnación del Partido Conservador, con la diferencia de que éste era un poco menos manipulador de intereses personales, y los científicos son muy diestros en esta clase de manejos. Sin embargo, en tratando de los intereses nacionales, como administradores de la hacienda pública y del crédito del país, no se muestran á la misma altura que dirigiendo las empresas de su particular interés; digo que los científicos son hábiles negociantes y torpes financieros y economistas, salvo una que otra excepción. ¿Cómo se explica esto? Pue-